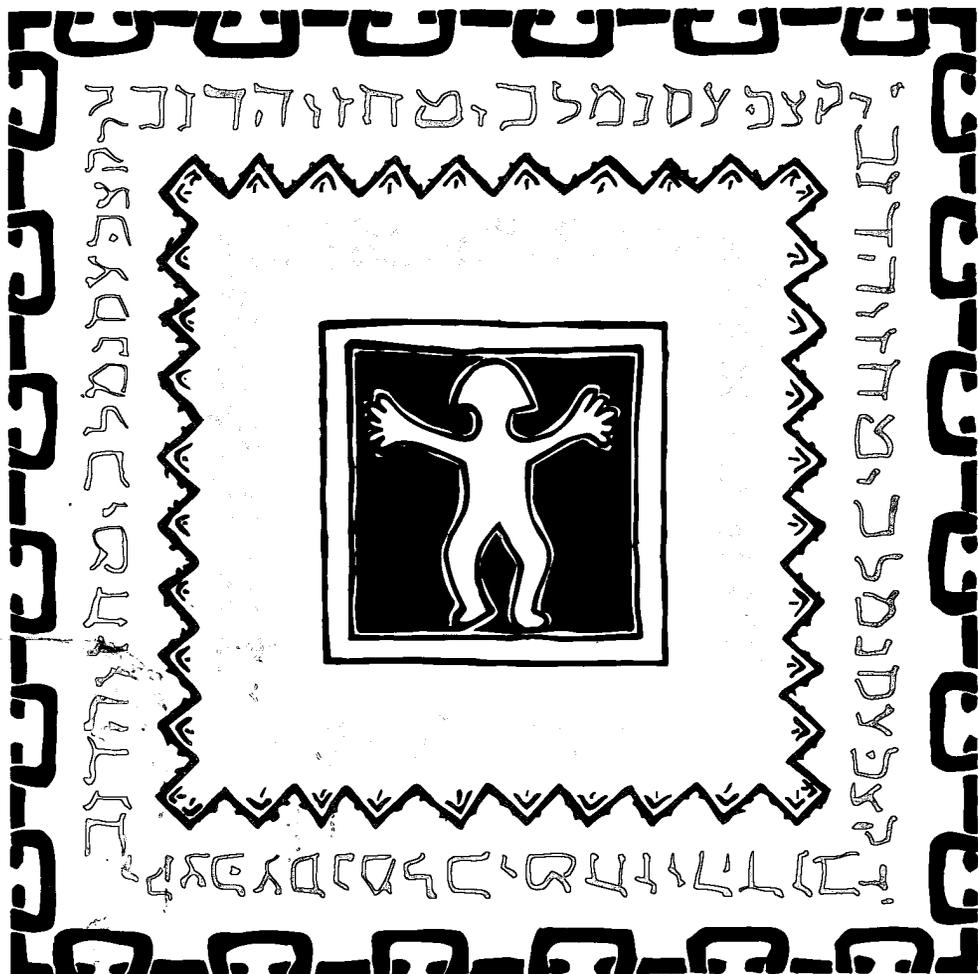


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

Apuntes sobre la imagen griega del bárbaro oriental

Ana Iriarte

(DPTO. DE ESTUDIOS CLÁSICOS, UPV/EHU)

Ante todo, quisiera concretar el significado del título, un tanto simbólico, “Imágenes griegas del bárbaro oriental”: en definitiva, de lo que se va a tratar en adelante es del origen del término bárbaro y de las ideas a las que estuvo asociado en la Grecia del s. V a.C.

El término bárbaros aparece en un momento precedente a este auge de la civilización griega. Del empleo de sus 10 apariciones en las fuentes literarias de los siglos VII y VI se puede deducir que su valor semántico es doble. Por un lado incluye una noción puramente descriptiva, o sea, designa a los que lingüística, étnica y geográficamente no son griegos. Por ejemplo, cuando **Hecateo de Mileto** dice que los bárbaros habitaban el Peloponeso antes que los griegos, está haciendo una descripción etnográfica o histórica: “bárbaros designa a los no-griegos”. Por otro lado se encuentra el valor peyorativo del término bárbaros. Este valor remite a un anti-modelo cultural y aparece ya en **Heráclito**, cuando el filósofo afirma que *los ojos y los oídos son malos testigos para los hombres cuando tienen alma bárbara*.

Así, podemos decir que el término bárbaros incluye desde su origen un valor peyorativo en la medida en que indica una relación helenocéntrica; es decir, es el pueblo griego, quien, sintiéndose en el centro del mundo, designa a los otros pueblos como bárbaros.

En el s. V, el término bárbaros adquiere un nuevo significado relacionado con la idea de *enemigo hereditario*. Este nuevo valor aparece inmediatamente después de las Guerras Médicas. Es decir, tras los enfrentamientos entre el ejército griego y el persa que era muy superior.

Como es bien sabido los dos momentos estelares de este enfrentamiento fueron la victoria de Maratón en el 490 y la de Salamina en el 480. Dos triunfos de la estrategia ateniense que, además, dieron pie a la interpretación ideológica de que el griego había vencido al persa por sus cualidades superiores de cuerpo y espíritu. Los heroicos combatientes de Grecia habían demostrado su virtud superior ante las hordas bárbaras.

En adelante, los persas se erigen en el símbolo del bárbaro. Como iremos viendo, para los griegos, despotismo, espíritu servil, crueldad o lujo excesivo serán al mismo tiempo las características persas y los signos de barbarie.

A partir de las Guerras Médicas el término bárbaros aparecerá regularmente en la literatura griega, lo que prueba la estrecha relación que los griegos forjaron entre el pueblo persa y la idea de barbarie. Por lo tanto, la evolución del concepto bárbaros es indisoluble del conflicto entre Grecia y el Imperio persa.

Describiré los rasgos más sobresalientes de este imperio también llamado Imperio aqueménida o Imperio medo.

El Imperio de los persas llegó a extenderse desde la actual Turquía hasta el río Indo y desde el Mar Caspio hasta el Océano Índico. Su fundador fue **Ciro el Grande**, cuyo reinado duró aproximadamente del 550 al 529 a.C. En estos treinta años la política expansionista de **Ciro** estuvo marcada por dos objetivos: captar el rico comercio del litoral mediterráneo y asegurar la frontera oriental del Imperio.

Pero **Ciro** no llegó a enfrentarse con los griegos, los protagonistas de las Guerras Médicas fueron sus sucesores **Darío** y **Jerjes**.

Darío atacó el territorio griego en la llamada Primera Guerra Médica, en la que fue derrotado en el 490, en la batalla de Maratón. La actividad más importante de **Darío** fue la reforma administrativa. A este rey se debe la organización territorial del Estado en satrapías, es decir, en territorios que disponían de amplia autonomía y que participaban mediante tributos y contingentes militares en el sustento del Imperio.

Esta organización territorial fue acompañada de una serie de medidas económicas: la creación de un nuevo sistema tributario, la consolidación de intercambios comerciales con otros pueblos, la apertura de itinerarios terrestres y marítimos. Las regiones más apartadas del Imperio estaban unidas a su centro por una cuidada red de caminos o "carreteras reales". **Heródoto** describe la que unía Susa y Sardes, en Lidia. En ellas había puestos de policía, de correos, mesones, puentes etc. que facilitaban el viaje y hacían que sus 2.400 km. pudieran recorrerse en noventa días. Pero la correspondencia real llegaba de un punto a otro en una semana, gracias a un cuidado sistema de postas.

Otro de los grandes logros de **Darío** fue conseguir un verdadero equilibrio entre la administración territorial, con un grado de autonomía considerable, y la administración central, capaz de ejercer un control efectivo sobre la totalidad del Imperio.

Es conocido el liberalismo del Imperio Persa. Su dominio alteraba lo menos posible los sistemas existentes. Por ejemplo, en Egipto el rey persa llevaba todos los títulos de los faraones, en Babilonia adoraba a Marduk, etc.

El rey era la máxima autoridad del Estado. Se consideraba que su poder le había sido otorgado por la divinidad. La corte era itinerante: Susa, Babilonia, Ecbatana, Pasargada y Persépolis se repartían las funciones de capital. Lo que ofrecía una imagen de unidad entre los distintos Estados integrantes del Imperio que concordaba con el mensaje ideológico de la monarquía persa: *la Universalidad*.

Los Sátrapas, es decir, los jefes territoriales, eran miembros de la familia imperial designados por el Gran Rey. Pero funcionaban como verdaderos reyes en sus satrapías: administraban justicia, poseían todo el poder político, eran los comandantes militares. La autoridad del sátrapa sólo se veía limitada por las obligaciones de informar al Gran Rey sobre el ejercicio de su administración y de entregar al tesoro imperial la contribución de su satrapía. Para ello era visitado por inspectores a los que se denominaba *ojos del rey*.

El elemento diferenciador más importante de los persas fue su religión. Ésta impresionó mucho a los griegos tanto por su énfasis en la conducta ética como por la ausencia de templos y de rituales complejos.

Zaratustra (Zoroastro, para los griegos) es reconocido como el “creador” histórico de la religión persa. La propuesta de **Zoroastro** consiste en un monoteísmo no doctrinario. Este monoteísmo se basa en el dualismo de la lucha entre el Bien y el Mal –entre la Verdad y la Mentira– sobre la tierra. La lucha durará hasta el final de los tiempos, momento en el que se producirá el triunfo del Bien o Verdad, de Ahura-mazda. Una concepción que influyó mucho en la imagen de lucha entre Dios y Satán que preside el cristianismo.

Al morir **Darío**, en el 486, le sucede en el trono su hijo **Jerjes**. Una de sus empresas militares más destacable fue preparar la campaña contra Grecia que no pudo culminar su padre. Se trata de la Segunda Guerra Médica, en la que también vencen los griegos, esta vez en Salamina.

Tras su derrota **Jerjes** se dedica exclusivamente a cuestiones internas hasta que es asesinado en el 465. Esta muerte es el resultado de intrigas palaciegas que también afectaron a otros dirigentes y que anuncian la decadencia que empieza a afrontar el Imperio Persa a mediados del siglo V, Imperio que desaparecerá en el s. IV con la llegada de **Alejandro Magno**, durante el reinado de **Darío III** (336-330).

Podríamos seguir hablando largo y tendido de la civilización persa. Pero me parece que estos datos bastan para dar la medida de que se trataba de una

civilización perfectamente desarrollada. Con lo cual podemos retomar nuestro objetivo, es decir, la subjetividad con la que los persas fueron vistos por los griegos.

A partir de los primeros años del s. V la antítesis griegos/persas tendrá una influencia determinante en la visión griega del mundo.

Esta polarización ideológica entre griegos y bárbaros está muy presente tanto en la tradición artística como en la literaria. Pero el teatro trágico griego aparece como una fuente privilegiada en este sentido, ya que en este género se encuentran las primeras formulaciones del elogio de la superioridad helénica y en él se desarrollan con particular insistencia. De las trescientas obras trágicas que conocemos -aunque sólo sea por el título o algún fragmento-, la mitad transcurrían en tierra de bárbaros o incluían a personajes bárbaros en el reparto.

En adelante, vamos a centrarnos en la tragedia de **Esquilo** titulada *Los persas* que es la que pone la primera piedra para el desarrollo de la antítesis griego/bárbaro.

La acción de este drama transcurre en la corte persa, en la ciudad de Susa. El coro está formado por los ancianos consejeros persas y por la Reina **Atosa**, madre de **Jerjes** y esposa de **Darío**. Estos personajes aguardan el regreso de **Jerjes** y de su ejército. El fantasma del Rey **Darío** aparece en escena tras haber sido invocado por la Reina **Atosa** y critica duramente la derrota de su hijo **Jerjes** en su enfrentamiento con los griegos.

Como ha señalado el helenista **G. Nenci**¹:

Con esta obra se inicia la actitud de los que han considerado la victoria griega en las Guerras Médicas como el triunfo de la libertad sobre el despotismo, de Europa sobre Asia, una actitud que ha continuado hasta hace muy poco en la obra de muchos historiadores deseosos de exaltar el mayor triunfo de la cuna de la civilización occidental.

Las particularidades atribuidas en *Los persas* a los orientales o bárbaros pueden agruparse en tres apartados:

El primero recoge aspectos del comportamiento social y religioso. El segundo se refiere a la actividad bélica. Y el tercero, que es el más determinante, se refiere al régimen político.

Uno de los aspectos más importantes del primer apartado es la insistencia con la que se asocia el oro al modo de vida asiático. Persia es descrita como una nación inmensamente rica que disponía de *Montañas de oro* (sobra decir

que dichas montañas sólo existieron en la imaginación de los griegos). Ya en el verso 4 se alude al *palacio de opulencia y oro* cuyo pórtico aparece en escena. Dicho palacio volverá a ser denominado *rico en oro* en el v. 160 y el mismo calificativo se atribuirá al ejército persa y a las propias ciudades de Sardes y Babilonia.

Finalmente, **Esquilo** designa al epónimo de la casa real persa, es decir, a **Perseo**, como *el hijo de la lluvia de oro* (v. 79); de esta manera alude al conocido mito de **Perseo**, nacido de **Dánae** y de **Zeus**, quien se unió a ella en forma de lluvia de oro. Así, podría decirse que este metal precioso, el oro, es inherente a la propia raza de los persas.

Frente a este oriente dorado, la sobria Grecia aparece asociada a la plata de las minas de Laurión: cuando la Reina **Atosa** se interesa por la riqueza del enemigo el corifeo responde que los griegos cuentan con *una fuente de plata, un tesoro que encierra la tierra* (v. 238).

La fascinación que los persas ejercen en el mundo helénico también se manifiesta en las descripciones de suntuosas ciudades a las que se describe como verdaderos centros hedonistas. Las tapicerías abigarradas decoran los interiores de las casas palaciegas y la misma estética barroca se atribuye a la indumentaria bárbara.

Las sofisticadas prendas de vestir con las que los orientales se adornan representan la exacta contrapartida de la sencillez que elogian los griegos a la hora de elegir indumentaria.

Esta contraposición encuentra su máximo exponente en la iconografía de época clásica, en donde, muy a menudo, la desnudez heroica de los guerreros griegos se opone al llamativo atuendo por el que se distinguen los enemigos orientales.

Las referencias a las lujosas ropas persas, adornadas con vivos coloridos son también frecuentes en la tradición literaria. **Esquilo**² alude a los peplos *del más delicado lino* con los que se arropan las mujeres orientales. Pero la importancia atribuida por los persas al vestuario se hace también extensiva al ámbito masculino, lo que, en el contexto del pensamiento griego, implica un cierto afeminamiento del hombre oriental³.

En *Los persas* de **Esquilo** el aspecto sucio y andrajoso de las ropas de **Jerjes** que en otro tiempo fueron *resplandecientes* (poikíla, v. 836), se convierte en el símbolo de la derrota del rey. La insistencia con la que **Esquilo** alude al deplorable estado de las ropas de **Jerjes** (v. 468, 1030, 1060, etc.), confirma que el aspecto sofisticado era una de las principales características atribuidas a los persas.

Así lo demuestra el hecho de que la Reina **Atosa**, madre de **Jerjes**, tras escuchar el relato de las desgracias que ha sufrido Persia exprese su sufrimiento con estas sorprendentes palabras:

¡Cuántos dolores penetran en mí por mis muchas desgracias! Pero esta desgracia me muerde muchísimo más que otra alguna: el oír la deshonra que sufre mi hijo por los vestidos que cubren su cuerpo.
(v. 845-51)

El propio **Jerjes** ha desgarrado sus vestiduras para manifestar la humillación que le causa su derrota y tal comportamiento lo delata como bárbaro, pues son conocidas las exageradas manifestaciones de dolor que Grecia atribuye a los orientales⁴.

Junto a la gesticulación desbordante, resalta la molicie como otro aspecto fundamental del comportamiento bárbaro. Los griegos ven una prueba de ello en la costumbre persa de desplazarse en coches cubiertos en los que van plácidamente acostados⁵.

El propio clima asiático es el que parece inducirles a amar excesivamente la comodidad. Tal es al menos la tesis que defiende un médico ilustrado de la escuela de **Hipócrates**⁶.

Según este autor las variantes de raza son menos significativas a efectos de modos de ser y de pensar de un pueblo que el clima y el entorno geográfico. Así, la suavidad del clima de Asia produce un relajamiento y afeminamiento de sus pobladores, quienes no pueden hacer gala de valentía y esfuerzo. En tal contexto no puede sino reinar la voluptuosidad.

Para que el carácter se afirme y cobre dureza y audacia conviene que el hombre tenga que hacer frente a un entorno más hostil, como sucede en Europa y en la Grecia continental. Así es como este autor explica la superioridad intelectual y moral de los europeos sobre los asiáticos y de los griegos sobre los otros europeos.

En cuanto a la información de **Esquilo** sobre las costumbres religiosas persas también hay que tomar precauciones, dado que en *Los persas*, las prácticas religiosas de este pueblo oriental se parecen demasiado a las de los griegos⁷. Por ejemplo, se ha insistido mucho en la importancia que tienen los presagios en esta obra y no hay que olvidar la importancia que tuvo en Grecia este tipo de adivinación. Desde **Homero** hasta la época helenística la literatura griega está llena de referencias a signos proféticos y a la interpretación de su significado. Aunque es cierto que este tipo de adivinación fue relegada a un segundo lugar por la mántica verbal cuyo desarrollo es parejo al del pensamiento racional.

También la frecuente referencia al *daimon* que amenaza y destruye a los persas es suficientemente griega, aunque muchos historiadores han querido ver en este *daimon* la encarnación zoroástrica del Mal⁸.

Por otra parte, esta obra fomentó la creencia popular de que los persas adoraban a sus reyes. También las reproducciones artísticas persas ayudaron a sustentar esta idea, pues en ellas los reyes tenían mayores dimensiones que sus súbditos, que era lo que ocurría en Grecia con los dioses, representados a mayor escala que los humanos.

Sin embargo esta creencia tampoco parece tener ninguna base real, pues las fuentes persas de que disponemos no dejan constancia de que los reyes fueran considerados dioses o adorados como tales. Lo que resulta más verosímil es que los persas divinizaran a sus reyes una vez muertos: **Darío** es tratado como un dios capaz de colmar a sus descendientes de felicidad (v. 640-45) y de evitarles las desgracias desde ultratumba (v. 220 ss.). Y en este sentido es significativo que en el género trágico no aparezca ningún otro rey que sea descrito como un dios.

En cuanto a la actividad bélica, o sea al segundo apartado de los tres que he citado, la oposición entre lo griego y lo bárbaro se marca a través de dos aspectos:

El primero es que los griegos están hechos para la guerra en el mar, mientras que los persas son mejores en el combate terrestre. Así, las escenas que muestran a **Jerjes** al frente de su ejército (v. 21-58; 101-5) evocan la destrucción de su flota y la lucha y ahogamiento de los bárbaros en el elemento que les es extraño y en el que los griegos habían demostrado ser invencibles.

El segundo aspecto de la actividad bélica que marca una oposición tajante entre griegos y persas consiste en asociar la lanza a los primeros y el arco a los segundos. Esta oposición entre arco y lanza no corresponde estrictamente a la realidad ya que se sabe que en el ejército persa había varias tropas armadas con lanzas. Así pues, en el discurso poético que **Esquilo** está creando para definir la diferencia entre bárbaro y griego, la victoria de la lanza sobre el arco es una imagen que le permite reducir la historia a una forma simbólica accesible.

Una vez consideradas las costumbres etnográficas, religiosas y guerreras atribuidas a los persas abordaremos el tercer apartado, es decir, el comportamiento político que se les atribuye, comportamiento que aparece como el eje central de la antítesis griegos/bárbaros.

A los ideales democráticos griegos viene a oponerse el absolutismo del Rey persa, que queda reflejado desde el principio de la obra, cuando la Reina Madre afirma:

Si mi hijo llegara a triunfar, sería un héroe fuera de lo común; pero, si fracasara... no tiene que rendir cuentas a la ciudad y, con tal que se salve, seguirá siendo el Rey de esta tierra. (v. 211-14).

Así, el Rey persa, merece grandes elogios cuando vence, pero si fracasa goza del privilegio de la irresponsabilidad. A los atenienses esta contradicción debía de resultarles muy injusta, pues ellos acostumbraban a respetar la tradición de las *cuentas que debía rendir* (de la *eúthyna*) cada magistrado al final de su mandato.

La perspectiva democrática domina también la enumeración de las tres particularidades del gobierno persa formuladas por **Esquilo** en los siguientes versos:

Y tras largo tiempo, por tierras de Asia ya no se rigen por leyes persas, ya no pagan tributos a las exigencias del amo, ni se postran en tierra adorándolo, pues el regio poder ya ha perecido. Ya no tienen los hombres la lengua guardada, pues para hablar libre, se ha soltado el pueblo.

En definitiva, los dos pasajes⁹ permiten observar que, al opinar sobre el bárbaro, los griegos están reafirmando sus convicciones políticas. Y en este sentido, resulta especialmente significativa la continuidad que tiene la asociación entre despotismo y barbarie en la obra de **Heródoto**.

Con **Heródoto de Halicarnaso** se abre la era del conocimiento geográfico y etnográfico preciso. No es que podamos considerar a este autor como ejemplo de objetividad, pero todavía hoy dependemos de él para el estudio de las tradiciones persas.

Desde el inicio de sus *Historias* **Heródoto** afirma que quiere contar las grandes hazañas que realizaron tanto los griegos como los bárbaros, y a lo largo de la obra se perciben sus esfuerzos por aportar una versión objetiva de algunas opiniones de sus compatriotas. Por ejemplo frente a la idealización de **Darío** realizada por **Esquilo**, **Heródoto** subraya la continuidad entre el pasado y el presente describiendo a **Jerjes** como un doble de su padre, como el lógico heredero de **Darío**.

De igual manera este historiador deja constancia de la responsabilidad griega en el conflicto de las Guerras Médicas, con lo que se desvía de la tradición griega que presenta la ambición desmesurada del imperialismo persa como la única causa del conflicto.

Pero no hay que olvidar que **Heródoto** es un griego que escribe para griegos, y como tal, acaba trazando un esquema en el que destaca la superioridad

moral e intelectual de los helenos, quienes luchan heroicamente por defender su tierra y su libertad, frente al agresor bárbaro.

La asociación entre barbarie y despotismo, tan presente en **Esquilo**, sigue siendo el elemento diferenciador dominante entre griegos y bárbaros en la obra de **Heródoto**. En el mundo bárbaro, simbolizado por los persas, la monarquía tiende a aparecer como la forma típica de poder y la figura del monarca es indisociable de la del tirano.

Esquilo aludía al desprecio de los reyes persas por la vida de sus súbditos afirmando que el Rey había ordenado que sus comandantes fueran decapitados en caso de que los griegos huyeran, y este es un dato que **Heródoto** subraya en varios pasajes en los que **Darío** (IV, 86) o **Jerjes** (VII, 35,39) no dudan en asesinar a sus más fieles súbditos.

Este es un detalle importante pues la característica principal de la imagen griega del tirano es la del líder político capaz de deshacerse por los medios más violentos de todos aquellos ciudadanos cuya brillantez los delata como oponentes peligrosos.

La idea de que un pueblo libre combate mejor que un pueblo sometido también constituía el eje central de *Los persas* de **Esquilo**. Esta idea se expresa con toda claridad en los versos 241-45, cuando la madre de **Jerjes** quiere saber *qué Rey manda el ejército de los griegos* y el Corifeo le responde: *[los griegos] no se llaman esclavos ni súbditos de ningún hombre*.

Pero **Heródoto** avanza un paso más en la reflexión sobre la eficiencia militar de la democracia afirmando que la fuerza de las ciudades griegas es el respeto a la ley, mientras que el poder sin control que detenta un sólo hombre en los estados orientales engendra regímenes inoperantes.

Lo más curioso es que **Heródoto** sitúa esta reflexión en el propio contexto oriental, en efecto, se trata de una famosa discusión sobre las formas de gobierno que el historiador pone en boca de representantes de la nobleza persa. De esta manera el historiador atribuye injustamente a los bárbaros un tipo de razonamiento que sólo puede ser griego, pero al mismo tiempo otorga a los persas la capacidad de argumentación que él considera *civilizada*.

Y es que, en el mundo helénico, la oposición griegos/bárbaros no es racial sino cultural: griego es quien recibe una educación helénica, educación que también los bárbaros están capacitados para asimilar. Por lo tanto sería anacrónico utilizar los términos *racismo* o *racista* para calificar la forma en que los griegos describieron a los orientales.

Notas

1. *Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica*, Pisa, 1958, pp. 13-191. Cf. Picazo, Akal, p. 45.
2. *Persas*, v. 124. Cf. Hdt., VII, 181.
3. Esto tanto por la asociación entre el trabajo del telar y el ámbito femenino como por la insistencia con la que se presenta a la mujer griega vestida frente a la desnudez masculina. Ver, **Ana Iriarte**, *Redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*, Madrid, Taurus, 1990.
4. El propio **Aristófanes** denunciará la mímica desordenada y violenta con la que los persas expresan su dolor en la obra de Esquilo (*Ranas*, v. 1029).
5. *Persas*, v. 1001, Aristf. *Acarnienses*, 68-71.
6. *Sobre los aires aguas y lugares*, XVI. **Demóstenes**, *Olintíacas*, III, 24 ss.
7. Sin embargo, en 1948, **Olmstead** afirmó categóricamente que la religión familiar persa que descubre Heródoto ya había sido descrita por Esquilo. **A.T. Olmstead**, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948.
8. v. 345; 472; 515-16. G.F. Sole, "Il daimon ne I Persiani di Eschilo", *Annali della facoltà di lettere, filosofia e magistero della università di Cagliari*, XIII, 1946, 23-49.
9. Los dos pasajes citados, que muestran los rasgos fundamentales de la psicología política del bárbaro, quedan respaldados en la obra de **Esquilo** con referencias al protocolo de la corte -representada por los consejeros que componen el coro- y al aparato administrativo del imperio -simbolizado por el título de *Ojo del Rey* (v. 980) que recibían todos los delegados que inspeccionaban las diferentes provincias del Imperio.

Bibliografía

- J. Alvar**, *Los persas*, Madrid, Akal, 1989.
- H. Bengtson**, *Griegos y persas*, Madrid, Siglo XXI, 1987
- F.K. Kienitz**, *Pueblos en la sombra. Los rivales de griegos y romanos*, Madrid, Gredos, 1991.
- M. Picazo**, *Griegos y persas en el Egeo*, Madrid, Akal, 1989.

Textos

Esquilo, *Los Persas*.

Heródoto, *Historias*.